

el consejo del experto, el inversionista inteligente que alienta y acierta en los futuros valores es algo que también existe, pero que es muy raro en nuestro mercado artístico. Aquí lo que en verdad abunda es un mundillo frenético de traficantes, muchos pintores que sólo piensan en comprarse un «halga» y una burguesía que cree que ese paisajito terroso de 50 x 60 puede un día llegar a valer más que su finca de mil fanegas.

La primera subasta que Dios envía

Como parece que se va clareando un poco, las muchachas en flor y los amantes de Lady Chatterley, o sea la guapa gente de Serrano, han cerrado los paraguas y las sombrillas, y se han soltado los miriñaques para celebrar la primera subasta de arte que Dios envía en esta reñtrée, que está resultando tan distraída. Así, he aquí la primera lista de objetos, joyas, canapés, fruslerías, murillos y cosas que andan ya de mano enguantada en mano enguantada y de boquita pintada en boquita pintada:

Un estudiante modelo de los años cincuenta, número uno de su promoción, que terminó la carrera dentro del marco universitario del SEU y nunca dió un ruido.

Un galón de la gorra de Eisenhower, que se le enganchó en el mantón de Manila de una pobre cuando estuvo en Madrid.

Un kamikaze japonés que todavía dice que a quién hay que matar.

Un revisor de la Renfe, de los felices cuarenta, que busca a una estraperlista con la que tuvo un romance en el transbordo de Venta de Baños, el año del cerco internacional.

Una camisa azul de Fraga Iribarne.

Las tablas de la Ley, robadas por Pérez de Tudela en su escalada del Sinaí.

Un vaso de agua, mediado, de Oliveira Salazar, para que se vea que sólo sabía a agua.

Un subastador subastado por error, entre las marquesas, en la última subasta de la anterior season.

Un Conde de los Andes.

Un rojo.

Un telediaro de precepto, en color, con el país en orden y Uribarri de corbata nueva.

Un sujetador de Ana Belén, que no usa.

Un pronóstico de don Nicolás Franco Pascual de Pobil, en estado pasable.

Un idem idem de doña Pilar.

El camisón de dormir de Sánchez-Albornoz (sólo mayores 18 años).

Y las diez mujeres más elegantes de España, en formol. ■ TIO OSCAR.

CANCIONES PARA DESPUES DE LA GUERRA

Tatuaje

TATUAJE lo cantaba la Piquer en los muy primeros cuarenta y fue como el himno de nuestra infancia pobre y perdida. Hoy vuelve a estar de moda gracias a lo retro-kitchscamp y al pim pam pum ese de Olea y Azcona. Dice así:

*El vino en un barco
de nombre extranjero;
lo encontré en un puerto
al atardecer,
cuando el blanco faro
sobre los luceros
su beso de plata
dejaba caer.*

Imposible. Los barcos de nombre extranjero no atracaban entonces en España, por la cosa del cerco internacional, y los blancos faros no dejaban caer su beso de plata sobre los veleros, porque había restricciones de luz. («Restricciones», decíamos los mejor enterados). Pero sigamos con la lírica:

*Era hermoso y rubio
como la cerveza,
su pecho tatuado
con un corazón,
y en su voz amarga
había la tristeza
doliente y cansada
del acordeón.*

Bueno, ya va estando todo más claro. Era hermoso y rubio como la cerveza. Era un alemán, era un nazi hecho con cerveza de Munich y svásticas. Por eso pudo atracar en la neutral España y enamorarse a una decente nacional. La decente veía poco, claro, pues una premisa fundamental de la decencia es la miopía, de modo que confundió el tatuaje, y lo que ella tomó por un corazón no era sino una cruz gamada. No vemos lo que vemos, sino lo que queremos ver, que dijo el judío Freud, librado de la ducha de gas porque era amigo de Foxá (de quién no era amigo Foxá) y sobre todo porque ya había muerto.

La voz del marinero estaba doliente y cansada porque el Tercer Reich iba de ala, aunque la canzonetista —hoy mueblista— lo atribuye muy femeninamente a una cierta melancolía, a que se había tragado un acordeón o quizá al mal del siglo, como si el siglo hubiera tenido otro mal que el fascismo, precisamente.

*Y voy sangrando lentamente
de mostrador en mostrador,
ante una copa de aguardiente
donde se ahoga mi dolor.*



Arte, amor y todo lo demás

Decadentismo burgués, que diría Trotski. Son unos versos tan decadentes, los de esta cuarteta, que parecen de Maiakowski. Pasémosles por alto. La cosa dice finalmente: «Y si le encuentras, marinero, dile que yo sufro por él». Tampoco es cierto. Una mujer que sangra lentamente de mostrador en mostrador, lo que necesita es un tampax. En cuanto a pegarle al aguardiente, parece mentira que sea española y no tome anís del mono o quina de Santa Catalina, que es medicina y es golosina. «Y si le encuentras, marinero, etc.». ¿Y cómo va a encontrarle, con el cerco internacional? Esta tía no tenía idea del momento histórico. Debía ser una ninfónama. Le gustan los marineros más que a un poeta lírico del 27.

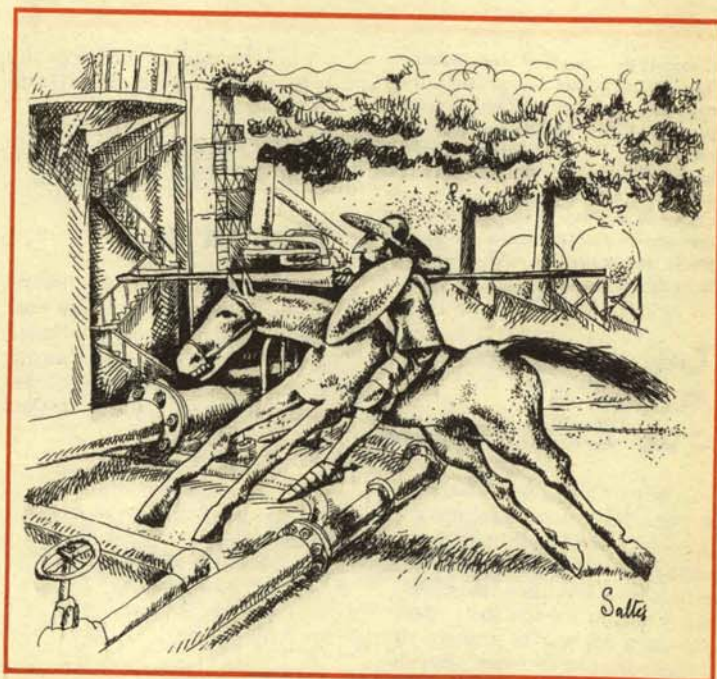
«Tatuaje» es la Quinta Sinfonía de los felices cuarenta, la mayor obra lírica de la época, pero no asume sus contradicciones internas, que es lo que le pasa al arte burgués, desde Beethoven a la Piquer. A mí lo que me gusta, por recio y viril, es «Montañas nevadas». ■ UMBRAL.

Platerito, boca a boca

Hasta que no se compran una finca y una ganadería y se arremontan con una francesa, los revolucionarios del toreo dana malísimos ejemplos. De modo que este revistero, por el bien de la fiesta nacional, le desea toda clase de venturas a Juan Martín «Platerito de Cádiz»: una feliz y pronta alternativa, buenos bombones de Núñez, oportunos vitorinos para que Zabala acabe por consagrarlo, un acertado apoderamiento. Y

que se haga rico, y que se compre una finca y una ganadería, y que salga por la televisión francesa, y que unos ingleses escriban un libro sobre él, y que encuentre a la mujer de sus amores, sea italiana o sueca, y se case con ella, ora por lo civil, ora con las bendiciones de nuestra Santa Madre, ora por lo castellano, que es no casándose y juntándose. Pero, por favor, que deje de poner banderillas con la boca. Si Rafael el Gallo hiciese el «sensurround» en el mausoleo de Mariano Benlliure y levantara la cabeza, el puro y el pañuelo blanco de seda se arrepentiría por toda la muerte de haber metido una silla en un ruedo. Aquellas sillas trajeron estos palos.

Colocando los garapullos con la cavidad bucal, que decimos los revisteros cuando escribimos en plan fino, Platerito está dando un malísimo ejemplo al país. Porque todo el sol y parte de la sombra no se fija más que en cómo pone los palos, no dónde ni de qué manera. Yo, que le he visto en su San Fernando natal, puedo decirles que los coloca aliviándose, a toro pasado, con un falso quiebro. Así pone banderillas con la boca Platerito y su señora esposa de usted, a la que presento mis respetos y beso la mano. No es que yo le exija a Platerito que sea Almensilla, ni Paquirri, ni Luis González, ni Luque Gago. Incluso creo que es deber de todo diestro aprender bien a coger los palos, porque así —banderilleando toros que matarán otros— pueden acabar su vida artístico-laboral. Pero, ¡por Cúchares y Pedro Romero!, que aprenda primero a banderillar y después clave los arpones con las fauces, que es otro modo con que los revisteros decimos esto en plan fino cuando ha habido en-



tendimiento con el sobre.

Siguiendo el ejemplo de «Platerito de Cádiz», de un momento a otro en España se pueden empezar a presentar enmiendas a la totalidad con la boca; a comprar telefónicas con la boca; a desentendernos del Sahara con la boca; a contar los parados con la boca; a detener la inflación con la boca; a firmar con la boca el acuerdo con los Estados Unidos; a renovar el Concordato con la boca; a presentar con la boca candidatos a concejales por Reforma Social Española. Y todo el mundo se fijará sólo en lo espectacularmente que dejamos el Sahara, que firmamos con los americanos, que ganan las elecciones municipales los de Unión del Pueblo Español. O sea, más o menos como ahora: a toro pasado. ■ CURRO TALEGUILLA.

Marlene a la pata coja

Con el accidente sufrido por Marlene en una de sus piernas (una de las dos más bonitas del mundo), comienza a desmoronarse un imperio. Aún queda otra pierna igual de bonita, pero matemáticamente eso supone medio imperio, nada más. Los mitos se erosionan y se quedan cojos. Por lo menos, los mitos exteriores. De puertas adentro nunca hemos tenido piernas tan famosas como las de Marlene. Ni Carmen de Lirio ni Celia Gámez han podido competir en publicidad con las piernas democráticas de aquel ángel que dejó pronto de ser azul

para convertirse en una legal nostalgia de culturas intransigentes. Para ser nostálgicos hay que cambiar de tiempo; nadie tiene memoria del presente por muy largo que éste sea. Y nuestro presente es de aquel azul que Marlene interpretara cuando el cine todavía ni hablaba. Nuestro cine no ha superado todavía el reducto del melodrama; sigue siendo esquemático, ramplón y de derechas. Las únicas piernas que se han hecho famosas han sido las de Alfredo Landa, acabadas por arriba en unos calzoncillos blancos que no se encuentran en las tiendas, y por abajo en calcetines negros tipo «ejecutivo» que no sólo pueden verse en cualquier escaparate, sino que responden a una recta todavía fresca de nuestra historia cinematográfica y hasta ciudadana.

El contacto de los españoles con las piernas de Marlene fue a través de revistas y fotografías; o de películas que perdían en el viaje su sentido del humor y se hacían serias y melodramáticas... Aquí no se matizaba el sentido de su figura, llegando a confundirse las piernas de Marlene con otras piernas cualesquiera. Lo que en España se miraba sólo eran muslos y caderas. Y en Marlene ni eso siquiera, porque no fue guapa ni exuberante. La Rita Hayworth en «Gilda», sí que estaba buena. Pero Marlene, que sólo tenía piernas y que cantaba todavía en alemán, erotizaba menos. Se nos escapó la transgresión que hacía Marlene de unos valores que para ella (que para ellos, los seres exteriores) habían cambiado de color y de tiempo, porque aquí no se podía entender que se tomara en broma el pan nuestro de cada día.

